



Grupo de trabajadores nicaragüenses de la capital.

APUNTES SOBRE

EL NICARAGÜENSE

PABLO ANTONIO GUADRA

Estos apuntes no responden sino que aportan elementos para una respuesta a la siguiente pregunta: ¿Existe un "tipo" nicaragüense? —O en otras palabras: ¿La convivencia histórica, la influencia del medio geográfico, el quehacer común, la alimentación, el clima, la misma fe compartida, las peculiaridades heredadas de las diversas razas que formaron nuestro pueblo, etcétera, han formado ya un "tipo" cultural colectivo, definido y diferenciado en Nicaragua?

Frobenius cita un ensayo hecho en Norteamérica: fotografiaron una serie de perfiles de cabezas de norteamericanos —con varias generaciones de permanencia en el suelo americano— y tomando las diversas placas las impresionaron una sobre otra para obtener la resultante o término medio fisonómico. El tipo que dió fue el de un indio piel roja.

No sé qué crédito merezca la cita de Frobenius, ni es el propósito de este estudio indagar la existencia de un tipo físico medio nicaragüense, sino de un tipo CULTURAL. Pero es con la misma técnica de acumulación de datos —para obtener una resultante— que escribo este artículo.

Para ser claros tenemos, sin embargo, que adelantar una observación: En Nicaragua existen en actitud todavía un poco ajena, emparedada y provincial, el tipo "costeño", el tipo "norteño", el tipo "chontaleño" (de montañas adentro) y el tipo de "la zona del Pacífico" en el cual se pueden apreciar marcadas diferencias regionales. Pero el tipo nicaragüense hasta hoy, no se ha formado, aunque quizás con los siglos se forme, por la suma e interinfluencia de todos estos tipos, sino por la influencia y predominio de uno de ellos. El "nicaragüense" que se ha impuesto como

tipo cultural (¡hasta el momento!) es el que ha surgido de la mezcla española e indígena en la zona del Pacífico (es decir, la zona sur y occidental del país que va de Rivas a Chinandega) con algunos aportes chontaleños y norteños que pueden haber enriquecido y ampliado su horizonte.

Los rasgos y características que vamos a enumerar y estudiar corresponden, aunque tal vez no exclusivamente, a este tipo-rector; tipo que ha protagonizado la historia de Nicaragua y que, por diversas circunstancias ha sido el que más ha influido en ella contagiando con su estilo al resto.

UN HOMBRE DE AGUANTE

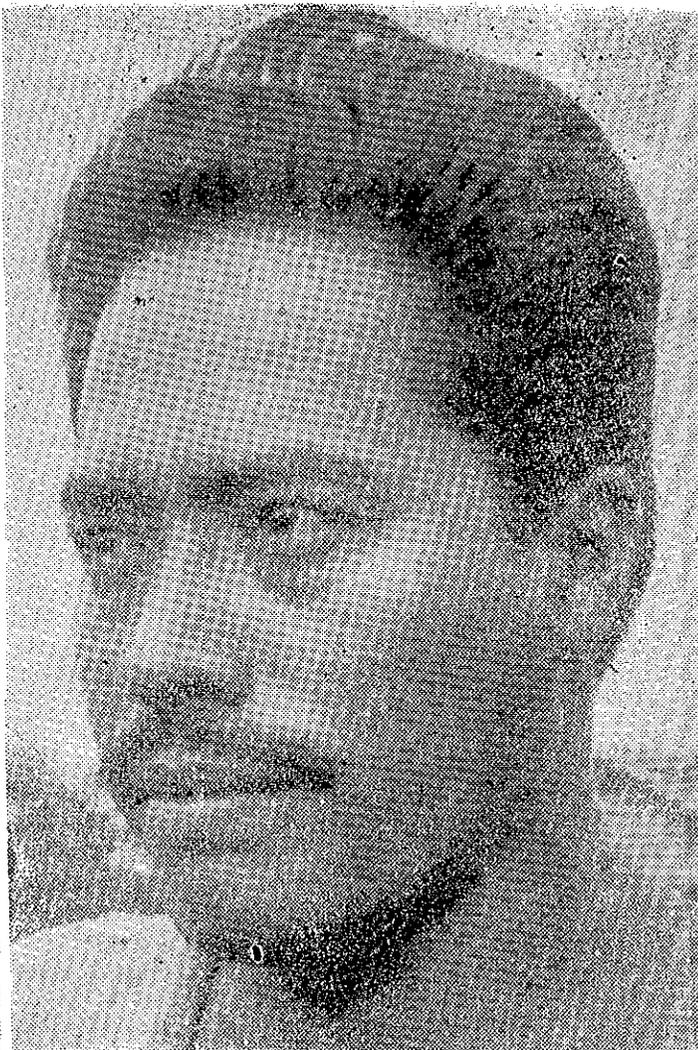
He reunido una serie de apreciaciones y comentarios de empresarios de compañías extranjeras que han trabajado en Nicaragua, de viajeros que han observado al nicaragüense en sus trabajos e incluso convivido con él y de algunos capataces madereros o bananeros de otros países de Latinoamérica que han trabajado con nicaragüenses. El resumen de esas apreciaciones puede concretarse en una frase: el tipo nicaragüense, físicamente, no es fuerte, pero sí resistente. Generalmente se dice que el nicaragüense es "un buen trabajador", pero del análisis que estas personas hacen y de la suma de sus comentarios, parece deducirse que este "hombre" no es un tipo de potencia sino de resistencia. Esto coincide con la expresión que nuestro pueblo usa para significar fortaleza. Nuestro pueblo dice "aguante", "hombre de aguante" como sinónimo de hombre de fuerza. Queremos decir con ello que nuestra energía física —aún bien alimentada, el elemento motor básico (como en las guerras, los deportes

y el trabajo manual) el tipo nicaragüense no se distingue ni por su combatividad, ni por su dinamismo, sino por su "aguante". Naturalmente que esta apreciación, aún salvando las excepciones, puede estar errada, pero apunto este hecho: nuestros dos máximos héroes, el femenino Rafaela Herrera y el masculino José Dolores Estrada, son héroes de una "resistencia". La iniciativa activa estaba de parte de los otros.

Para completar este rasgo pudieran investigarse muchas situaciones que no me es posible estudiar en este breve esbozo. Por ejemplo, en nuestro "base-ball", juego importado y fruto de una raza dinámica, el Tipo Nicaragüense del Pacífico ¿se distingue más (salvando excepciones) en la parte estática y receptiva del juego? —El tipo costeño —negro o mulato— ¿se distingue más en el bateo o parte dinámica del juego? ¿Qué predomina en nuestros hechos guerreros —casi todos, desgraciadamente, intestinos y fratricidas—: la hazaña de osadía y ataque o el heroísmo en "aguantar"?

LA COCINA NICA Y SUS CONTRADICCIONES

No es cualquier cosa en la existencia y en el estilo de un tipo cultural, el poseer una cocina rica y desarrollada. Un país con una cocina poderosa y original es un país con personalidad. Y Nicaragua, a pesar de su inestabilidad inveterada, posee una cocina rica, variada, fantasiosa, matizada, fuerte. y nutritiva. Sin embargo, al hacer esta afirmación ya colocamos la primer contradicción en



Dos tipos nicaragüenses que denotan ancestros raciales diferentes.

nuestro boceto del tipo nicaragüense. Porque ese tipo que tiene una rica cocina, lo que implica enraizamiento y tradición, es más bien vagabundo y poco tradicionalista como lo veremos adelante. Ese tipo con tan amplio repertorio de cocina propia, es un tipo que come mal y en tránsito. Hay desajuste entre su comer y su imaginar la comida ¿Será que la cocina corresponde a la mujer, como muchas artes, que el hombre parece despreciar? No hay que olvidar que nuestra cerámica indígena, rica en inventiva, en imaginación y en formas, fue obra por lo general de la mujer india.

Hasta hace muy poco, sobre todo en las haciendas, el hombre consideraba como una prueba de masculinidad no endulzar el café ni "el tibio". En cambio, como contraste con esa simpleza, repasemos la cantidad de platos que el nicaragüense elabora a base de maíz y nos encontraremos que, en sólo ese renglón, nuestra cocina es tan rica y tan fantasiosa como la mexicana, habiendo una gran diferencia de tamaño y de riqueza étnica y folklórica entre aquel país y el nuestro.

IMAGINACIÓN Y SOBRIEDAD

Cabe, por tanto, preguntar: ¿Es el nica un tipo predominantemente imaginativo?

A esta pregunta que nuestra cocina pudiera contestar un "sí", hay mil otras manifestaciones que parecen contestar un "no" casi rotundo. El nicaragüense es fantasioso solamente en aspectos muy especiales de su vida. En su literatura folklórica abundan los cuentos de "mentirosos" —de imaginación desbordada— como los que adjudican los granadinos a Menocal, los masayas a Nachón Gage, los rivenses al Maestro Valdéz, o bien, los de Pedro Urdeemales. En cambio, en la mayoría de sus manifestaciones vitalculturales el nicaragüense se caracteriza por una sobriedad a veces desconcertante y en la cual nuestros artistas —aquellos que quieren cultivar su arte en la autenticidad popular— no siempre detienen su atención. La casa, el vestido, los instrumentos de trabajo, los aperos de sus animales, la carreta, etcétera, son de una sobriedad, de una desnudez tan simple que parecen definir al nicaragüense como un enemigo del adorno.

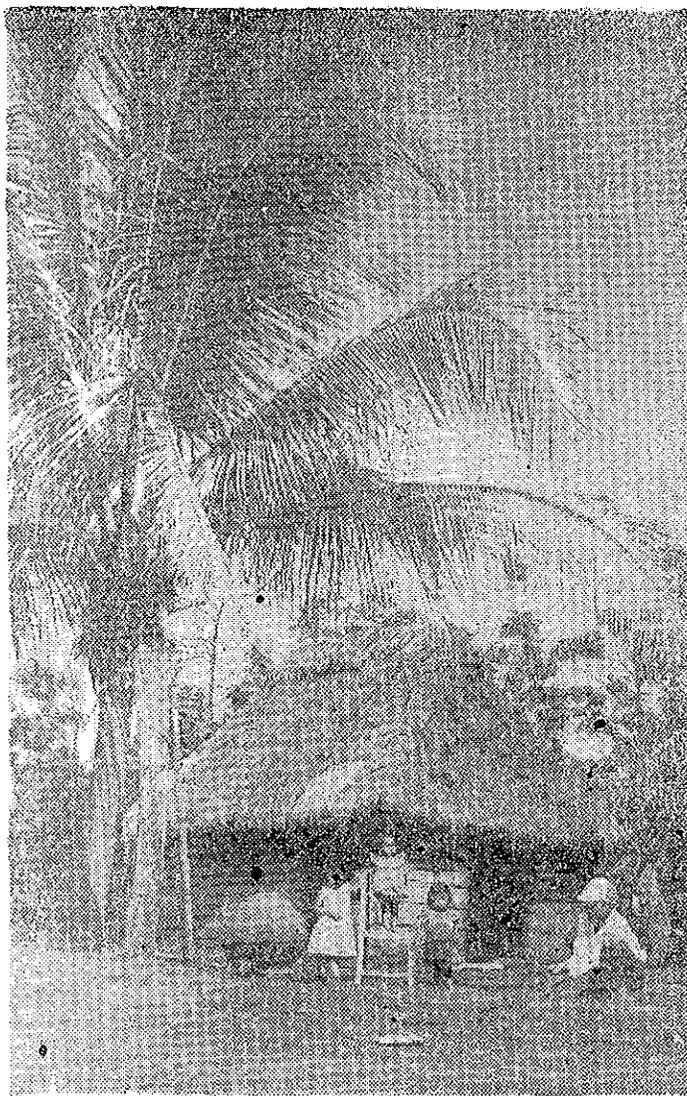
Significará ésto falta de imaginación o responderá a otras causas?

Analicemos estas manifestaciones.

LA CASA DEL NICA

Observemos "la casa" del nicaragüense. La casa del campesino es, por lo general, "el rancho" y el rancho nica es el hecho de guarecerse bajo de un árbol traducido arquitecturalmente. Techo de paja, paredes de cañas o tablas mal unidas, piso de tierra, muebles esquemáticos, desnudez total. El rancho parece siempre que está a punto de ser abandonado. Nada retiene en él para que el peregrino emprenda de nuevo su marcha. Tomemos la otra casa, la del tipo un poco más fincado en el campo o la del obrero y trabajador sub-urbano. Es la casa de teja y paredes de lodo, la habitación que yo llamo "la casa negra". Con distintos materiales presenta la misma desnudez y, como raras veces pintan o encalan sus paredes de lodo y el piso es de tierra, ni siquiera tiene esa libertad pajarrera y vegetal del rancho, es una casa expulsadora, que en vez de acoger y formar el calor familiar del hogar, echa afuera a sus moradores: la tertulia en la calle, en la acera, el juego es afuera, la familia se dispersa expulsada de su paraíso. La casa es casi caverna.

Ni en el rancho ni en la casa negra hay cuadros, ni color, ni aditamentos que demuestren una voluntad de permanecer. El que desea permanecer arregla y alegra su casa. Hay aldeas enteras en Inglaterra y en Holanda con casas de techo de paja. Son los ranchos tras un proceso de civilización, o mejor dicho de vida afectiva e imaginativa dentro de ellos. En Costa Rica, a pocos pasos de nosotros, se encala el piso, se pinta el rancho o la casita de madera, se adorna hasta la coquetería el hogar. En cambio el nica mantiene su casa o su rancho —hablo de la mayoría— en la más simple funcionalidad. Su cocina son los tres tenamastes paleolíticos. Su cama es el tapesco —una cama de anacoreta— o la tijera —una cama casi de



Nuestro "rancho", la casa vegetal y nómada.

beduino, que se cierra de día, como la tienda del desierto, para la vida-viaje. Su silla es el taburete o la pata de gallina, esquemas de sillas. A veces una hamaca vuelve a indicarnos un mueble de transporte, un mueble-mueble y peregrino.

Lo único que medio adorna el nica es el "biombo" con recortes de periódicos y revistas. O cuando tiene una fiesta usa el papelillo: banderolas, cintas, papel de china a color, adorno perecedero y momentáneo. Cultura de papel, como en China, o bien vegetal: hojas de chahüite, hojas de colores, que al día siguiente, marchitas, se retiran.

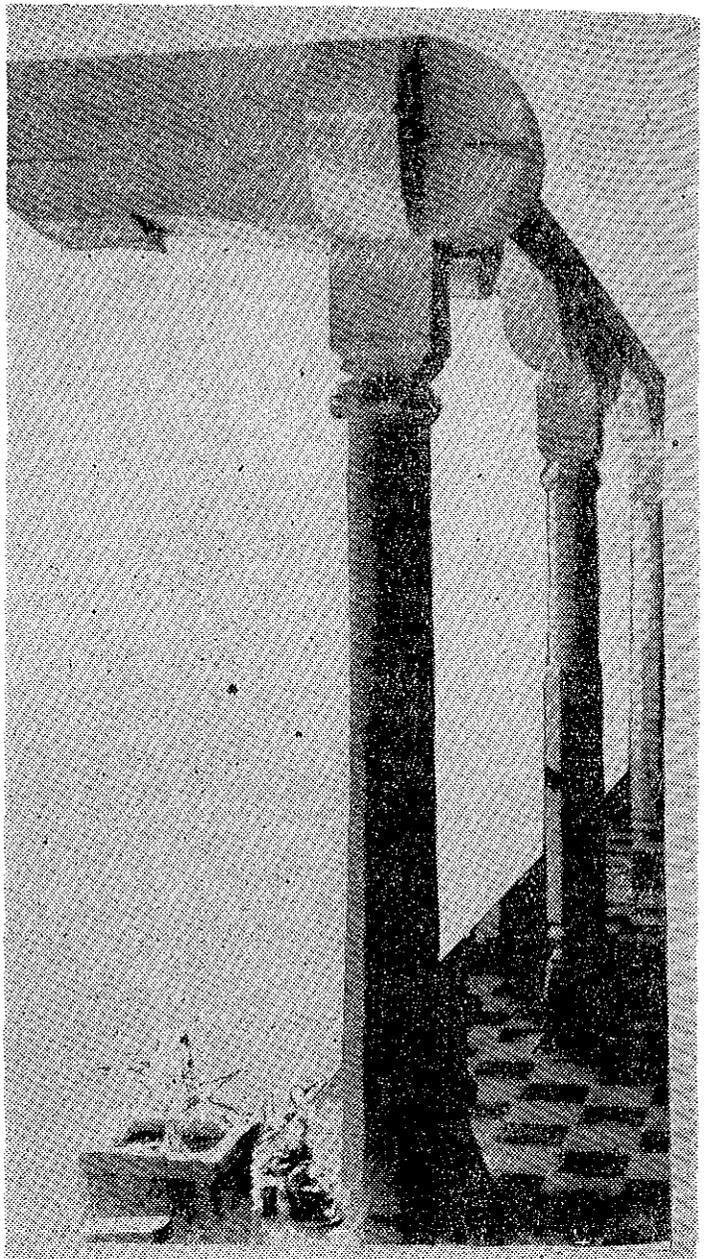
Pasando del rancho y de la "casa negra" —cuya simplicidad observamos— a las manifestaciones arquitectónicas ya más elaboradas y permanentes —como son las casas de la clase media y rica, las iglesias y los edificios civiles— encontramos que el nicaragüense acoge de la herencia española el estilo o los estilos de construcción y ornamentación más simples y sobrios de los que se amoldaban a su clima y formas de vida. Con frecuencia se

oye decir, entre los que se dicen entendidos sin haber antes buscado y estudiado las realidades circundantes, que Nicaragua no tiene tradición arquitectónica. Es verdad que no hemos creado un estilo original de arquitectura, pero sí hemos mostrado nuestro estilo en la asimilación: nuestra casa, por ejemplo, es de origen español —viene al parecer de la Andalucía baja— pero el nicaragüense selecciona la herencia, la nicaraguaniza al rechazar elementos y al acoger otros hasta formar su propia arquitectura doméstica, donde predomina la sobriedad. No puedo aquí detenerme en un ensayo sobre arquitectura nicaragüense, sino únicamente señalar esa tendencia a la simplicidad que imprime carácter a nuestra arquitectura. En todos aquellos elementos arquitectónicos donde se puede manifestar la tendencia a la exhuberancia ornamental y darle el desarrollo propio del espíritu de cada pueblo: en los remates, mochetas, capitales, portadas, molduras, ventanas y poyos, arcos, soleras, etcétera, el nicaragüense usa líneas simples, elegantemente sobrias, a veces de gracia franciscana y siempre las menos recargadas en comparación con el resto de Hispano América.

De los templos podemos decir lo mismo. Tenemos templos que responden a los diversos estilos —románico, barroco, plateresco, neoclásico, etc.— que privaron en todos los países hispanos. Sin embargo cada ejemplar nicaragüense, ante su estilo, lleva la marca de la sobriedad. Basta comparar las portadas de nuestros templos con las portadas de los de otros países hispanos en el mismo estilo: nuestras portadas siempre son más sobrias y, aún en los casos de excepción en que notamos una ornamentación fuera de lo común en Nicaragua, resultan simples al lado de otros países como sucede, por ejemplo, con el Barroco. Lo mismo digamos en nuestras bóvedas y alfarjes, silleras de coro, altares (salvo aquellos importados), ventanales, etc. La Iglesia de Subtiaba y la Catedral de León (antes de que le pegostearan los dos gigantes que afean su severa arquitectura) son como símbolos de nuestra tendencia arquitectónica: edificación fuerte y baja de "aguante" (porque nace en tierra de temblores) de líneas sencillas y sobrias, y de espacios amplios. Así también nuestras viejas casas tan sabias, con sus 4 corredores alrededor del patio-jardín, sus puertas, ventanas y aleros: todo en función de un hogar que vive en tierra caliente, de formidables aguaceros y terribles soles y que sigue rindiendo al dios-Viento el mismo culto arquitectónico que sus antepasados, fieles de Quetzalcoatl-Ehecatl.

NUESTRO TRAJE Y SU SIMPLICIDAD

Después de la casa observemos el vestido del nicaragüense. Desde hace algún tiempo en Nicaragua hemos querido "inventar" un traje típico, cosa casi tan absurda como "inventar" una planta nativa. Traje típico es el que caracteriza a un pueblo, no porque lo invente, estudiando historia o arqueología un historiador o un arqueólogo, sino porque lo use el pueblo. Lo típico no lo inventan los intelectuales ni sale de los libros, sino que se hace comúnmente, convirtiéndose en costumbre y uso por una lenta elaboración.



Capiteles y mochetas corrientes en la arquitectura nicaragüense: simplicidad.

El pueblo nicaragüense ha llegado, sin fantasías de historiadores o de artistas a un traje muy simple: un pantalón azul, una cotona blanca, un sombrero de palma por lo general con una sola cintilla de color de adorno en la base de la copa. Ese es el traje del campesino, ese es el sobrio y simple traje típico de nuestro país agrario. Y fijémonos en este énfasis que el pueblo pone en su simplicidad: cuando se disfraza, es decir, cuando no quiere ser típico sino al contrario, "otro tipo", en sus trajes de bailes populares en que el pueblo usa máscaras: en los Toros-Venados, Güegüenses, Diablitos y demás "carteles"— el traje es superadornado, el sombrero está lleno de chécheres, flores y adornos, se usan cintas de todos colores, todo un barroquismo exuberante de ornamentación sartorial.

Pero ese no es el traje típico, al contrario, es el disfraz, es lo que "no es" nicaragüense, sino su anti-tipo, su concepción de lo ridículo (y lo ridículo es lo recargado), su concepción de la farsa.

Y no creamos que esta simplicidad no tiene una razón de ser. Es una compensación ante la exuberante naturaleza, y una cifra de sano equilibrio ante el calor ambiental. La realidad es que TODO nicaragüense tiende siempre a usar, a volver a usar, ese esquema esencial de vestido. Su traje! Bastó un soplo, un leve permiso de la etiqueta universal, —la era en camisa— para que Nicaragua entera se quitara el saco como algo postizo. Era la independencia de un tributo a elegancias foráneas. El saco casi se ha convertido, en escasos veinte años, en un corto abrigo nocturno.

En cambio la guayabera es un redescubrimiento —por la vía cubana— de la camisa típica del campista chontaleño. El "Blue-jean" es el permiso de darle elegancia —por firma yanqui— a nuestro humilde pantalón campesino que hace bandera con la cotona, en la figura azul y blanca que cruza nuestros caminos nativos (Y bien, osa cotona me decía Francisco Pérez Estrada, no es más que un traslado de la sobria camisa castellana: Resulta, pues, que nuestro PARIS, nuestro meridiano para fijar la moda de la camisa del nicaragüense tenía que ser Castilla, la esteparía y sobria Castilla).

EL CAITE

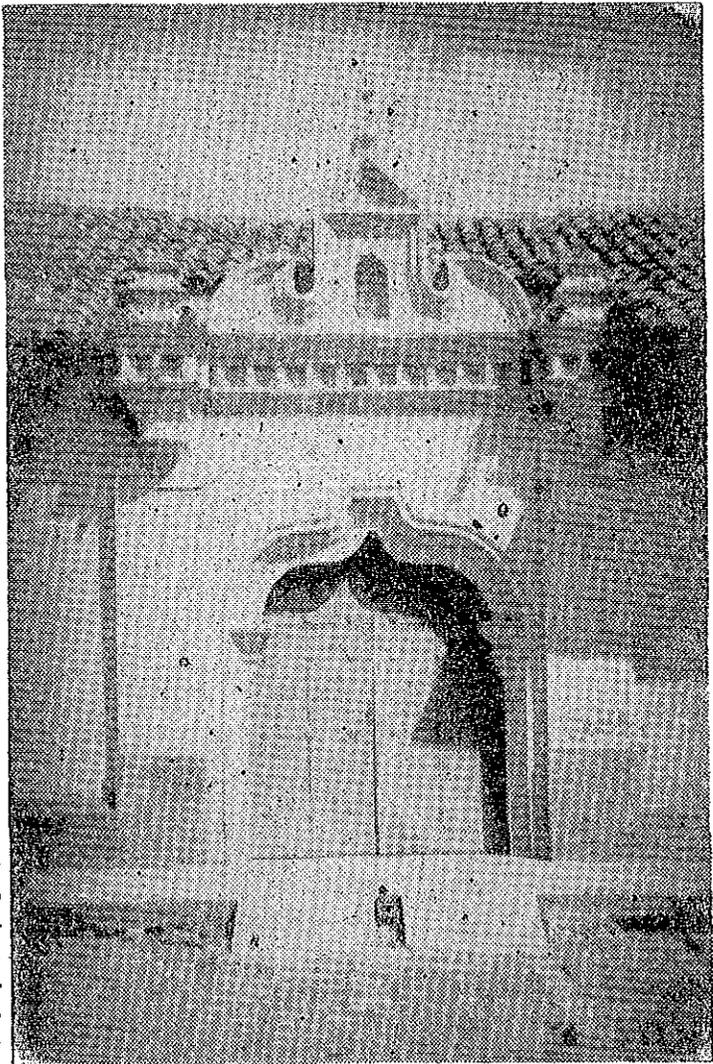
Pongamos ahora, debajo del traje típico, como una rúbrica de simplicidad: el caite. Es la reducción al mínimo de la idea de zapato. En casi todas partes el zapato popular, la sandalia, tiene falonerías o punteras o algún adorno. Nosotros teníamos la alpargata española, la sandalia mexicana, azteca o la maya. Pero nos quedamos con el "caite", la "gutara" chorotega, una suela amarrada al pie y nada más!

Agreguemos otros datos más, demostrativos de la tendencia a la simplicidad en el nicaragüense. En un pueblo ganadero y caballista, podía esperarse que al menos en el apero de la bestia saltáramos hacia la exuberancia ornamental.

Pero no es así, jáquima, tienda, y albarda típicas son creaciones sobrias.

En la grupera solemos echar un poco de adorno aunque este ornato no resiste comparación con los usados por otros pueblos. Nuestra albarda criolla es un simple cobertor de cuero, de tal modo funcional que no tiene un solo agregado más que el necesario para cumplir sus tres misiones: evitar que el caballero monte en pelo, defender al montado del lodo y llevar en el jinete un agujero para el amarre del ganado, así como en el faldón unas correas para el amarre de los otros implementos del jinete.

La albarda en su parte de silla es casi una simple reproducción del lomo de la bestia. El acojinamiento trata más de defender al caballo que de acomodar al jinete—. Nuestro estribo típico casi sólo permite la entrada de la punta del pie. Hay como un deseo de unificar —sin las separaciones del confort o del ornato— al caballo y al caballero: como si la albarda hubiera sido creada por un Centauro.



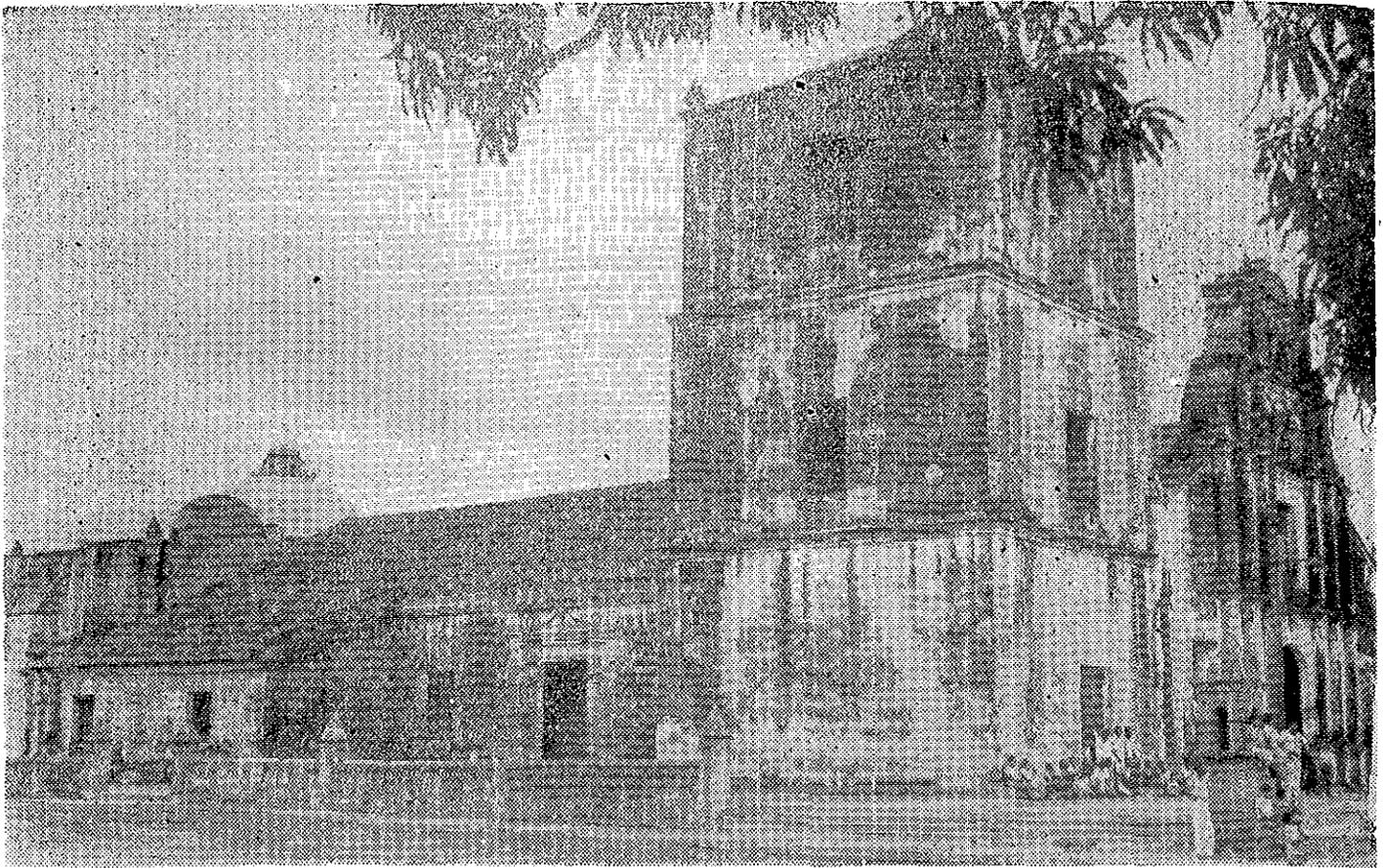
Un portón leonés: arquitectura sencilla y sobria aún cuando quiere manifestar rango y riqueza.

Comparemos nuestra albarda, aún aquella más elaborada y rica (ya no digamos nuestra proletaria albarda de cuero crudo!) con la silla mexicana y nuestros arreos con los arreos del Charro. Comparemos la albarda y su simplicidad campal con la silla gaucha recubierta y acolchonada por pellones de piel de oveja. No creo que en materia de desnudez y sobria funcionalidad exista una montura más esquemática que la nicaragüense.

Es cierto que para las fiestas el campista adorna su jáquima y echa afuera su grupera más recargada. Dicen que el chontaleño, para las fiestas, adorna la cabeza de su mujer y la cabeza y las nalgas de su caballo.— Pero en este atuendo de fiesta hay algo que insinúa disfraz: traje extra, adorno fuera de lo común, acento que por inusual más bien recalca la costumbre de simplicidad.

EL CARRO DE NUESTRO PUEBLO.

Y qué decir de nuestra carrota y de su yugo? La ca-



La Iglesia de Subtiava: líneas sobrias, militares, de templo-fortaleza.

rrreta nicaragüense, sin un solo adorno, sin una sola línea que decore su chillante mueble, es más seca y más primitiva que los carros de los filisteos o de los ninivistas. ¡Qué golpe de contraste, para comparar el estilo de dos pueblos, es colocar una carreta nicaragüense al lado de una carreta costarricense! Durante cuatro siglos o más ha sido el carro del pueblo, pero jamás ha creído el nicaragüense que sea necesario adornar su casa peregrina y caminera. En ella va a sus peregrinaciones, en ella traslada a su familia bajo toldo, en ella va a sus paseos y fiestas: y es como el esqueleto, pesado y huesudo de un carro. ¡No en valde de ella, de sus chillantes ruedas y de sus sonoras maderas, nació bajo la noche la leyenda de la Carretanahua conducida por esqueletos de bueyes!

DE LA MUSICA Y SU SIMPLICIDAD

La misma voluntad eliminativa, en línea recta a la sencillez (dijéramos que ha hecho voto de pobreza) muestra el pueblo nicaragüense en su canto.

Nuestra música popular era ya simple hace unos siglos, y a medida que pasa el tiempo parece que insistimos en empobrecerla. Las partes musicales que recogió Brinton de nuestra obra de teatro colonial —“El Güegüence o Macho Ratón”— eran más ricas que las recoge-

das hace pocos años por el Taller San Lucas. Nuestros romances y corridos antiguos —de un desarrollo más perfecto— decaen al avanzar el tiempo extremando su sencillez musical. Nuestro corrido ciñe su música a la cuarteta, que es la estrofa popular y tradicional de América. La música va pegada al verso, y el verso es desnudo y limpio pero frecuentemente sorprende por su directa expresión o su lírica ingenuidad.

Respecto al canto, respecto a la voz humana en la canción, nuestra tradición —reafirmando su tendencia— no usa el duo, ni falsetes u otras galas que enriquecen, por ejemplo, el canto popular mexicano. Salvo en las Purísimas (en cuyos cantos la estrofa se lleva a dúo y luego contesta el “coro”), nunca hacen dúo nuestros cantores populares salvo alguna excepción que comprueba la costumbre. Si hay varios, cantan uno después de otro en su propia soledad.

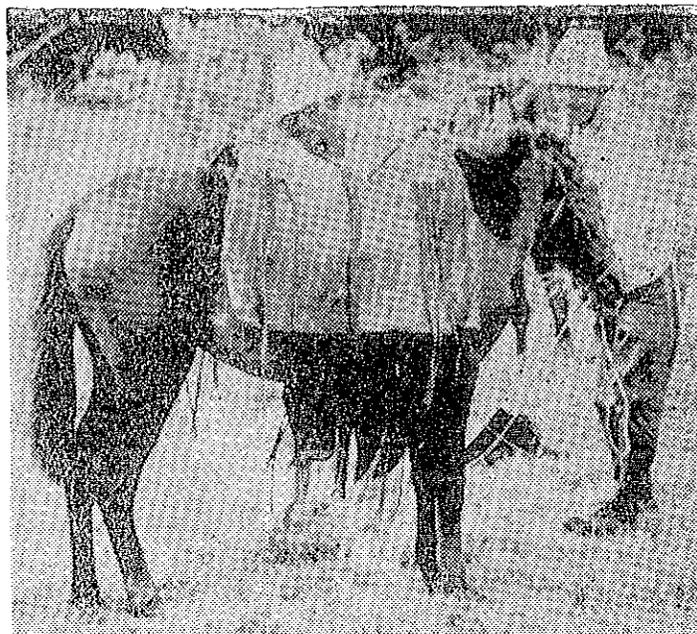
Salvador Cardenal me hacía notar, dentro de esta nota típica de sobriedad musical, el misterio de Monimbó, cuya marimba rompe la norma. Piezas tan populares como “El Garañón” o “Dos Bolillos” tienen una riqueza enorme de ritmo. Sin embargo, a su lado, en Nindirí, en Catarina, en Granada las músicas más hondamente nicas de nuestros bailes populares contienen únicamente tres o cuatro frases y su “riqueza” es repetirlas infatigablemente.

LAS ESCULTURAS EN PIEDRA

Rastreando las fuentes o los orígenes de esa tendencia a la simplicidad en todos los aspectos de la creación y de la expresión del nicaragüense, observé en el arte de nuestros pueblos aborígenes —muy especialmente en la cerámica y en la escultura en piedra de la zona del Pacífico— una clara tendencia a la estilización que resalta mucho más si se compara con las manifestaciones vecinas de la cultura Maya.

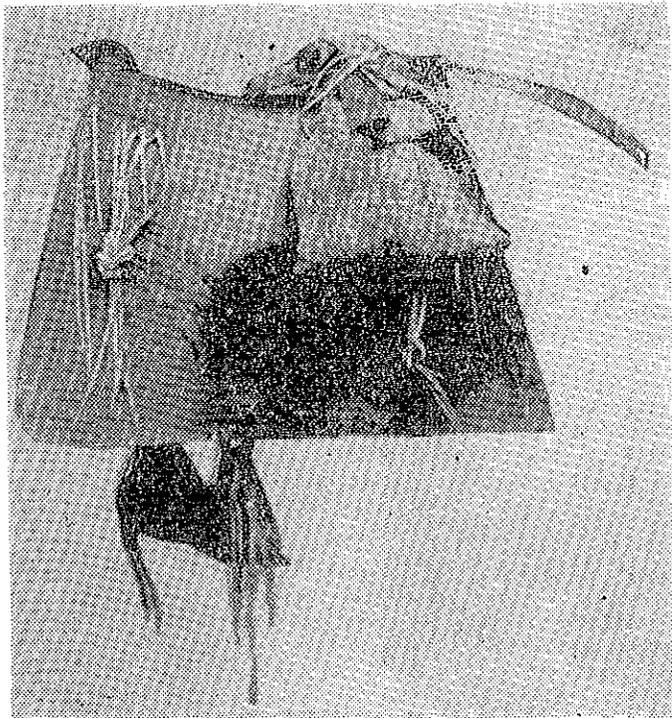
Suele decirse que el trópico imprime una lujuriosa tendencia a la exhuberancia ornamental. Sin embargo, nuestra escultura en piedra del sur-oeste nicaragüense, los llamados "ídolos" de Zapatera, Ometepe, parte de Chontales, Rivas y demás lugares arqueológicos del lado del Pacífico manifiestan —salvo algunas excepciones que sería interesante estudiar para conocer a qué influencias obedecen— una concepción plástica diametralmente opuesta a la "Exhuberancia Tropical": sus figuras no sólo se niegan a admitir cualquier detalle ajeno al tema sino que se simplifican en sus líneas y volúmenes persiguiendo siempre la estilización como "ideal" artístico, ideal que lo vemos manifestarse desde las obras más arcaicas y primitivas hasta las más elaboradas y ricas en técnica escultórica.

Algún día escribiré sobre el fenómeno de estas esculturas que insistentemente llevan a la piedra la idea religiosa del nahual o "alter-ego", es decir, del "otro yo" anímico del hombre encarnado en un animal cuya figura cubre, por la espalda a la figura humana casi siempre sedente o en cuclillas. Esta temática religiosa que dió lugar a una rica colección de esculturas —hasta ahora muy poco



Un pueblo ganadero, pero su cabalgadura es sobria y sin lujo alguno.

estudiada— expandió su influencia hasta regiones lejanísimas de Colombia, Ecuador, Venezuela y hasta de Brasil siendo el centro irradiante Nicaragua. Su misteriosa concepción e influencia es un tema apasionante para los nicaragüenses, centro antiguo de un arte y de una idea religiosa sobre el hombre que merece la atención de nuestros científicos arqueólogos, antropólogos y etnógrafos.



Nuestra albarda: la montura más simple del mundo.

NUESTRA VIEJA CERAMICA

Igual tendencia artística revela nuestra "loza" o cerámica aborígen ya estudiada por muchos y muy especialmente por Spinden y por Samuel Kirkland Lothrop. Me he permitido reproducir algunos dibujos tomados de fiestas indígenas de Nicaragua y Nicoya, reproduciendo también algunos dibujos Mayas para exponer gráficamente la diferencia haciendo resaltar la simplicidad del antiguo nicaragüense que nosotros heredamos.

En las figuritas del Jaguar, tan abundantes en ollas, platos, y demás objetos de la cerámica pre-hispánica, acusan la tendencia, que hemos explicado, hasta límites de extraordinarias simplificación. En muchas reliquias de barro el jaguar está figurando únicamente por un ojo colérico, un ojo rodeado de la expresión estriada de la cólera del felino. Se busca expresar el objeto por sus rasgos más característicos —eliminando todo lo sobrante— y partiendo de ellos hacia ritmos muy libres de maravilloso sentido plástico. Los Mayas también estilizan, pero vuelven sobre su estilización recubriéndola de trazos ornamentales, sumergiendo sus ritmos en otra infinidad de ritmos como los árboles de la selva se revisten de lianas y bojucos.

El nicaragüense convierte el jaguar en una mirada,

convierte el mono en un círculo y sus extremidades se liquidan en unas rayas de admirable y simple expresión simiesca; convierte el lagarto en trazos cada vez más concretos hasta reducirlo a un mero símbolo.

¿No indica esta 'tendencia' un movimiento hacia lo simplificado y estilizado, que aún empuja nuestras expresiones, que aún regula nuestro modo de ser y nuestro gusto artístico cada vez que creamos o nos manifestamos con autenticidad?

Debajo del sobrio nicaragüense se mueve el estilizador chorotega y el simplificante nahual. Y todo ello es digno de profundizarse con estudio y amor para llegar a nuestro propio conocimiento.

Debo explicar, sin embargo, que la tendencia a la sobriedad ornamental y a la estilización de las formas no significa pobreza creadora sino al contrario: una valoración de la pura belleza del objeto o de su funcionalidad que, por lo mismo, elimina toda aquella añadidura postiza que carece de esos valores o los oculta. Digo esto porque si se sabe educar —por una 'paideia' nacional bien orientada— esa tendencia de expresar las realidades sustantivas, nuestra cultura artística puede rendir frutos de profunda autenticidad, verdaderamente trascendentales. En cambio si "el principio de desnudez" se deja en la desolación de la incultura, fácilmente nos arrojaría (y ya nos ha arrojado en muchas ocasiones) a zonas de aridez y "yo qué pierdo" al otro lado de la frontera de la barbarie.

PUEBLO RICO EN CREACIONES ARTÍSTICAS

Prueba de la riqueza creadora del nicaragüense ya la encontramos en su cocina. También su folklore es rico a pesar que nunca se ha fomentado ni protegido, a pesar de la pequeñez de nuestra tierra permanentemente lavada por influencia extranjeras que llegan hasta los tuétanos de la nacionalidad y a pesar de nuestra historia devolucionaria con tantas guerras civiles que son a la cultura lo que las quemadas campales que consumen los árboles, madera y la tierra a la cizaña y al matorral.

La cantidad de piezas teatrales anónimas que en Nicaragua se presentaban —desde el Güegüence hasta las Pastorelas, pasando por los originales de Santos y autos sacramentales—, teatro callejero y popular que rivaliza en riqueza con cualquier país de América; los numerosos cuentos folklóricos, nuestros bailes típicos, canciones, fiestas, juegos infantiles, nuestro abundante refranero y la riqueza de modismos o de palabras propias derivadas de las maternas lenguas indias, indican un pueblo creador, imaginativo y vital.

DE LA INTELIGENCIA Y DEL INGENIO

Indican, además, un pueblo inteligente.

Sin embargo, muchas veces he planteado o he oído plantear y discutir, entre gentes de diversas categorías y aún entre peones campesinos esa pregunta "Es el nica inteligente?", consiguiendo o escuchando respuestas negativas.



Nuestro "barroco", el más sencillo y sobrio de Hispanoamérica sólo en un caso venció su propia tendencia: en La Recolectión de León, pero aún en este caso no llega a los recargamientos de otros ejemplares arquitectónicos de Hispanoamérica.

Los argumentos que casi siempre resplandecen: "Es un pueblo estúpido porque se deja albardear de tal o cual gobernante", "es un pueblo estúpido porque no progresa en tal o cual forma, o porque no reacciona contra algo o alguien de una manera determinada", argumentos del mismo pueblo contra sí mismo, más bien me han probado su inteligencia. El estúpido no sabe que es estúpido. El que tiene la facultad de analizar y criticar, aunque luego opera contra su sentido de lo bueno o de lo correcto, es un ser inteligente aunque quizás a veces sin voluntad, aunque quizás a veces "fiasco" o "yo qué pierdiste", aunque quizás —sobre todo— desunido como pueblo, atomi-

zado y falto de sentido cívico y social por obra de una historia equivocada.

Digo, pues, que tomando al nicaragüense desde el inteligente indio Nicarao —con sus preocupaciones trascendentes y sus interrogaciones extraordinarias al Conquistador— hasta Rubén, tomando al nicaragüense a pesar de su incultura, a pesar del alcohol, a pesar de su epidémico analfabetismo y otras enfermedades, su término medio es el de un tipo inteligente, inteligencia desamparada de incultivada que se manifiesta, por eso, como “ingeniosa” más que como profunda.

LA RISA Y LA BURLA DEL NICA

No oculto el grave peligro de una inteligencia chispeante —amiga de la risa— cuando libre de ciertos pesos y acumulaciones morales y culturales, se enamora de la leve chispita que produce el ingenio al roce con el humor, y en nombre de esa chispita es capaz de burlarse de la verdadera llama y mantenerse burlescamente en la superficialidad. ¡Muchas generaciones nicaragüenses se han perdido y muchas ocasiones históricas se han desperdiciado porque el chispero se ha burlado de la hoguera! Esta imagen de la inteligencia burlándose de la inteligencia —de estropear una situación por lograr una frase— ronda siempre al “ingenioso” nicaragüense. Me gustaría saber cuántos crímenes se cometen al año en Nicaragua a consecuencia de una broma. Quizás exagere. Pero un hombre de Rivas, cantor y juerguero tenía tres cuchilladas en la cara y al preguntarle el origen me dijo “Son tres burlas”.

Nos llevan estos datos a sentar esta tesis: El tipo nicaragüense llena de risa, empaca en risa, casi toda su actividad vital. Hasta su tragedia, cuando la tiene, la hace girar sutilmente hacia el terreno burlesco. En nuestro folklore, las consejas, cuentos y fábulas más populares son una expresión didáctica de esta tesis. La “burla” es el elemento educador, el arma para dar en el blanco de la moraleja.

Ya escribí con amplitud una vez sobre nuestra fábula, tan nicaragüense, del “Pájaro del Dulce Encanto”. A nuestro Esopo anónimo no se le ocurrió otra forma para educar al niño en el recelo de lo que ocultan las apariencias bellas, que convertir hurlescamente el lindo pájaro del dulce encanto, el sueño todo de la niñez, en mierda. Es un golpe de burla brutal con una brutal moraleja de desconfianza en la belleza aparente. ¡El áspero nica aprende a cuidarse de la temible beldad, desde niño, con una fábula sucia: un caja de Pandora llena de excremento! —En el mismo nivel de popularidad y quizás mayor aún podemos colocar nuestra narración nacional de las aventuras de Tío Coyote y tío Conejo. El gran héroe animal del niño nicaragüense —tío Coyote— es un burlado. Cuando el héroe muere, la matamos reventado buscando el queso de la luna, engañándose con el peligroso astro, pero buscando sin ideal e ingenuamente una baja satisfacción estomacal, mientras el ingenioso y burlador tío Conejo, el símbolo de nuestra risa, el Sancho animal se ríe y se burla, cuento tras cuento, del pobre animal Qui-

jote. Y si tenemos una conseja o una historia de la Novia de Tola es para encarnar la burla de la novia, no en el drama o la tragedia, sino en la simple y llana risa de Don Juan. Burla es también el Güegüense con su sordera maliciosa y burlescos la mayor parte de nuestros refranes típicos. Y esa burla baja hasta las raíces de la lengua y se sumerge hasta envolver en sonrisa e ironía su sintaxis.

SINTAXIS BUFA

Apenas la conversación y la tertulia adquieren movimiento y vida, la sintaxis que el nicaragüense usa comienza a “burlificarse”, palabra que necesito inventar para nominar esa mecánica bufa del habla —como si nos diera cieita pena hablar cultamente y entonces echáramos unas gotas de chile o picante en las junturas más serias de la oración—, sustrato burlesco que se conjuga con un lenguaje terriblemente recio y directo.

EL “MAL HABLADO”

El nicaragüense casi nunca elude lo feo, lo asqueroso o lo indecente. Siempre he creído —desde que recorrí América entera y parte de Europa— que el pueblo nicaragüense es el pueblo más mal hablado del mundo. No que hable mal (al contrario, suele hablar con bastante dominio de su lengua, especialmente el campesino) sino que jamás esquiva las asperezas y dice sin eufemismos, las cosas por su nombre, manifestando más bien un goce en “mentar” la mala-palabra y no en rehurla. Otros pueblos —aun en sus capas más bajas— han elaborado multitud de giros para nombrar o para ocultar el nombre de las cosas sucias o consideradas indecentes. Nosotros, por el contrario, inventamos con frecuencia palabras más brutales y símiles más obscenas para recalcar lo que otros esconden. Cuando existen dos nombres sinónimos para una misma cosa, el nica escoge el más áspero.

No voy a citar ejemplos, pero búsquese el refranero comparando las variaciones nicaragüenses del original español. Léase el Güegüense o dígase a un niño nicaragüense que repita los tradicionales cuentos, ya citados de Tío Coyote y Tío Conejo observando su maliciosa risa al repetir las rituales malas-palabras en su sucia desnudez. Oígame junto a la guitarra las piezas más populares. La Mama Ramona, La Pelota, El Zopilote. Durante muchos años de guerra civil fue casi el himno del ímpetu nicaragüense una pieza cuyo solo nombre es una prueba judicial de mi aserto: ese himno de nuestros campos de batalla y de nuestras plazas de toros en las fiestas titulares se llamaba y se llama: “La Puta que te parió . !”

EL NICA NO ESCUPE AL CIELO

Sin embargo, es notable que este pueblo mal hablado (o brusco-hablado) sea absolutamente limpio en sus referencias lingüísticas a lo sobrenatural. En Nicaragua no existe la blasfemia. Con Dios la lengua del nica está en constante referencia de respetuosa dependencia. El “Dios

Mediante" y el "Si Dios quiere" no faltan nunca en sus frases. El nica guarda la asperidad de su lengua para con el prójimo. En pocos lugares se usa y se abusa tan brutalmente del cervantino y celestinesco "hijo de p." como en nuestra Patria. Extraño que un pueblo sentimental y caritativo como es el nica, ponga alrededor de sí mismo, contra su prójimo, tan erizado cerco de adjetivos insultativos. Pero, a la realidad me remito!

Mucha parte de la simplicidad que observamos en el nicaragüense podía quizás adjudicarse a su índole nómada, itinerante o vagabunda que yo he llamado "exódica"—como la israelita— porque responde a inquietudes e impulsos milenarios de su historia transeúnte y de su geografía pontifical.

CUANDO LOS DIOSES ORDENARON PARTIR

Leyendo en Torquemada las memorias legendarias de los antiguos Nicaraos o Nicaraguas nos encontramos con un pueblo emigrante, pueblo que habita en el desierto de Soconusco, donde dominado por los Olmecas y ansiando libertad consultó a sus dioses y los dioses le ordenaron partir. Esa orden es un símbolo que marcará para siempre nuestro destino.

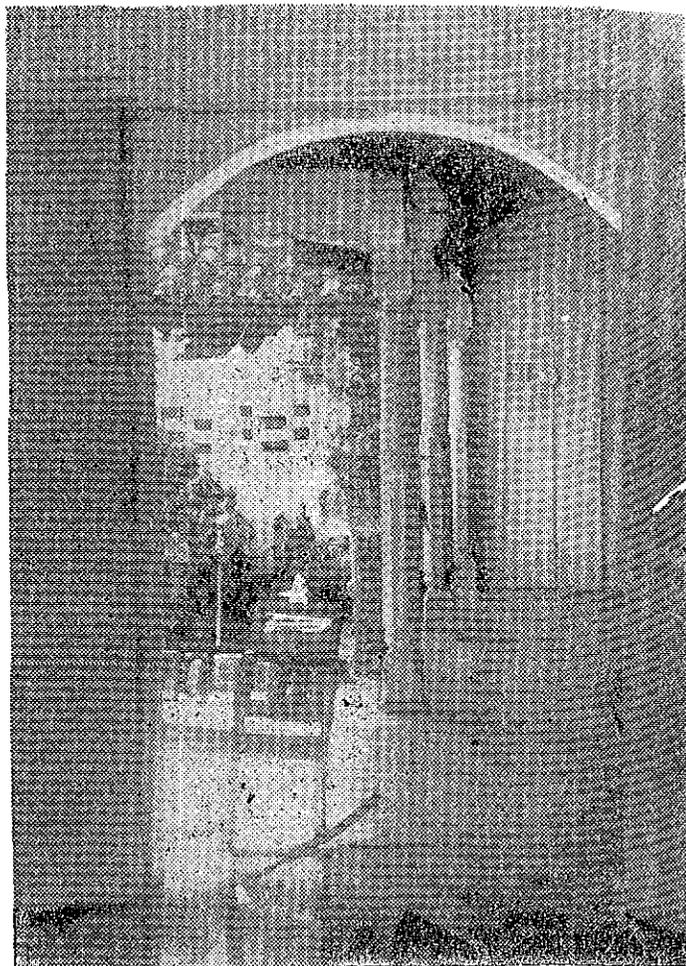
Voces de dioses telúricos ordenaron desde el principio el exodo de todas las razas que constituyeron la gran amalgama móvil pobladora de nuestro país. Manos de dioses itinerantes y peregrinos construyeron la tierra misma que habitamos con una extraña misión transeúnte

EL PUENTE GEOGRAFICO

Comencemos por la tierra. Dice Oscar Schmieder en su "Geografía de América" que todavía en la Era Terciaria faltaba la conexión terrestre entre las Américas del Norte y del Sur. Lo que hoy es nuestra tierra patria, no existía. Como la Venus de Botticelli, Nicaragua surgió del mar—joven ante el resto de América— levantada sobre los hombros de esa línea de volcanes—colosos heráldicos que integran nuestro Escudo— y que son los pivotes de nuestro delgado puente geográfico, tierra que desde entonces servirá de paso y de unión entre las dos Américas. Así, la misma formación geológica de Nicaragua ya nos advierte que el futuro habitante de tal lugar será un hombre transeúnte.

LA PRIMERA HUELLA DEL EXODO

Resulta interesante como signo de destino que la huella más antigua de un pie humano en Nicaragua, sea la huella de un pie que huye. Las huellas de Acahualinca nos hablan de primitivos indígenas que quizás bajaron del Norte persiguiendo al Bisonte, cazadores peregrinos que abandonan Managua—y desde entonces ¿cuántas veces el nicaragüense deberá partir?—porque otro dios, un volcán iracundo, arrojando fuego y lava, los obligó a emprender la huida.



Puertas, marcos, pilares, todas las líneas de nuestra arquitectura parecen haber hecho un voto de pobreza.

De las huellas de Acahualinca está llena la prehistoria de esta tierra. No deja de producir vértigo pensar que por el angosto corredor nicaragüense pasó la semilla humana de innumerables razas y conglomerados humanos del continente Sur, que venían del Norte, como también, en contracorrientes que la arqueología percibe, de muchas razas y tribus sureñas que subían al Norte. Hay que imaginar esas tribus antiquísimas de cazadores y recolectores queriendo tal vez estacionar y siendo desalojadas por otras más cultas o más fuertes, desalojadas a su vez por nuevas oleadas de emigrantes. Sirvanos de punto de partida para concebir esas mareas humanas que la oscuridad de los siglos y milenios recubre, la probable historia de las razas indígenas que encontraron aquí, al parecer fijas, los españoles. Los maribios o subtiabas—raza venida desde California— había ocupado gran parte de Nicaragua robándole tierra a indios al parecer venidos del Sur que, desalojados, pasaron a ocupar el interior y el Norte de nuestro país. Los Chorotegas a su vez empujaron y arrinconaron a los Subtiabas. Y luego llegaron los nahoas a empujar a los Chorotegas quitándoles parte del territorio. Y todavía Torquemada agrega una invasión azteca

por mar, que derrotó y quitó su tierra a los nahoas. En el estrecho corredor istmeño todas las razas que encontró España habían peregrinado y se movían, apretadas bajo un signo transeúnte. Y los desalojados y los desalojadores, y los que vinieron y pasaron, y los que vinieron y se quedaron, todos sembraron la inquietud vagabunda, imprimiéndose en unos y otros la misma psicología "porteña" del transeúnte, interesado por lo que sucede fuera, ansioso de la noticia que viene de la lejanía, pendiente de lo desconocido y sellado por la nostalgia.

EN LA NUEVA HISTORIA SIEMPRE EL DESTINO TRANSEUNTE

Ya desde entonces el hombre que vive en Nicaragua es un tipo "mediterráneo": un hombre que está en el cruce de los caminos. Y esta psicología cincelada por la geografía en el mundo indio queda grabada con más relieve aun al entrar España a modelar nuestra historia. Porque Nicaragua es descubierta y formada para que sea el puente, ya no entre las dos Américas, como en tiempos prehistóricos, sino entre los dos mares. La aguja de la brújula de nuestro destino solo gira, pero siempre ordena el tránsito. Los principales descubrimientos y la fundación de las más importantes ciudades de Nicaragua fueron el resultado de la búsqueda de una ruta para la navegación. Primero: la búsqueda de un paso hacia las Indias Occidentales. Después (una vez descubierto el Pacífico) la búsqueda de un estrecho imaginario, llamado el "Estrecho Dudoso". Y más tarde (hallado el Lago de Nicaragua y disipado el mito del Estrecho) la búsqueda del Desagüadero de ese Gran Lago en el Atlántico para el tránsito entre los dos mares. Estas búsquedas FORMAN Nicaragua. Y una vez formada, la Geografía insiste en imponer su ley "exódica". De la idea de Tránsito se pasa a la idea de Canal y toda nuestra política (¿durante cuántos años?) parece estar pendiente de ese destino.

UN PAIS DE AGITACION MEDITERRANEA

Recorramos nuestra historia humana movida por las fuerzas de ese "destino": búsquedas que significaron viajes, inquietudes que significaron contactos con el exterior y nuevos viajes, salidas, regresos, velas al mar y ejércitos que pasan. Ejércitos nicaragüenses al Perú, a Costa Rica cuando apenas se terminaba la Conquista. Piratas atraídos por ese punto mediterráneo y por ese "paso" estratégico. Negros Walker. Intervenciones extranjeras. ¿Debemos extrañarnos que cuando surja un poeta-genio de esta tierra, también se nos vaya, y sea precisamente por ese viaje y por ese corazón nativo mediterráneo que alcance a ser la voz de todo el Continente y de todas las Españas, cuyo ombligo y centro nervioso es este lugar de tránsito y de encuentros?

LA LENGUA EXPRESANDO EL DESTINO

Hay una expresión lingüística típica del nicaragüense, tan típica que sólo aquí existe y que fuera de aquí es ininteligible, y que para mí refleja o mejor dicho expresa todo el sentido nómada, itinerante o vagabundo del nicaragüense. Pregúntese a un nica: —"Va a volver fulano?" —Y con una frase arrancada de su más hondo sentido transeúnte, nos contestará:

—No. Se fue "de viaje!" (Es decir, "no volverá").

En cualquier otro país de lengua castellana el irse de viaje, es, sencillamente, emprender un viaje. Pero para el nica decir "de viaje" es del todo. Lo definitivo para el nicaragüense está marcado por la palabra "viaje". Lo definitivo es "partir". Se fue de viaje el político que cae. Se fue de viaje el hombre que muere. Se fue de viaje el que no vuelve, como si hablara, no el morador de una patria, sino el tripulante de un barco!

Empujado por esa geografía pontifical y esa historia transeúnte el nicaragüense no solamente es de hecho un pueblo vagabundo, un pueblo que fácilmente se va, que a la menor incomodidad vital o política se exila o piensa en exilarse y que siempre sueña con rodar fortuna y mejor vida en un lugar que no es en el que vive, sino que se ha formado una psicología social extravertida donde se perfilan características que a veces parecen las de un pueblo nómada —como algunas que ya señalamos— o a veces las de un pueblo mariner, pero y siempre las de un pueblo de paso.

EL "EXTRAVERTIDO"

Para aclarar por el contraste lo que queremos significar con un tipo social extravertido, definamos primero al "intravertido", su opuesto: que es un tipo reservado, apegado a su paisaje y amoroso con su mundo ambiente o enraizado en él. Es el tipo que construye para permanecer y su carácter suele ser hosco para el extranjero, localista, tendiente a la impermeabilidad y poco comunicable por índole natural.

El caso contrario que es el nicaragüense, el extravertido, se vierte hacia afuera: no es nada reservado sino comunicativo, construye y vive como transeúnte, fácilmente reacciona con hostilidad contra lo suyo propio y llega hasta ser un renegado, un antipaisano. (A este respecto es notable la facilidad con que el nica habla contra su país. La frase: "Este país de m...!" es tristemente corriente en las conversaciones de todas las categorías sociales). Y, por la misma razón, es naturalmente abierto con el extranjero, a veces hasta exageraciones suicidas que en nuestra historia podemos comprobar.

EL HOGAR SE SALE "AFUERA"

La costumbre típica nicaragüense que a los extranjeros llama tanto la atención, de sentarnos en las aceras, de hacer la tertulia hogareña —que suele ser la tertulia más

íntima— en público y al borde de la calle, nos está señalando esa psicología social extravertida y esa tendencia a salirnos a “ver pasar”, a ponernos en contacto con el transeúnte, que responde a la curiosidad de quien también tiene el alma transeúnte.

EL MACHETE

Un argentino me hacía notar una vez, también, la franqueza con que el nica lleva su arma desnuda —el machete— al brazo. (El poeta Fernando Silva, dijo, si mal no recuerdo en un poema, que el indio lleva cargado el machete como una muñeca). Es una arma desenfundada y visible. Es una arma presentada con claridad desnuda y que implica una actitud franca de defensa o ataque, completamente distinta de la de aquellos pueblos cuya arma va enfundada —como el Gaucho con su cuchillo al cinto, con su violencia contenida en la vaina y con su muerte escondida y oculta como un secreto que sólo se revela en el momento fatal. El machete es el tiro abierto y la abierta intención. Es el arma a la que acompaña el grito y el reto. En cambio al puñal precede el silencio y se desenfunda en la sombra. Ambas cosas, el machete cargado como una muñeca o la tertulia en la calle dicen a los demás que el nicaragüense es un pueblo con el almarío abierto.

Dentro de ese almarío se mueve, insujetable, un alma transeúnte que se formó con sentido porteño, junto a Lagos de navegación, en tierras de caminantes y praderas ganaderas; y el ganado es —o mejor dicho era— el trabajo anti-sedentario, móvil, pastoril, de tropillas o rebañones que cambian de lugar conforme consumen el pasto, de arrees, de cabalgatas o jornadas camineras. ¡Una cifra más en la movilización de nuestro pueblo!

Esto y nuestras guerras civiles y nuestra desatención social y finalmente nuestra torrencial emigración interna hacia una capital surgida del “coro absoluto” de un terremoto: profundizaron el “nomadismo” en vastas regiones campesinas nicaragüenses hasta excesos peligrosos. La mayor parte de nuestro campesinado ha llegado al extremo de considerar hasta su mismo hogar y familia como “provisional”. No me refiero a la casi nula existencia del matrimonio católico y permanente. Es algo peor: me refiero a la simple y primordial pareja natural que día a día es más escasa de nuestros campos y regiones suburbanas. El hombre es peregrino y transeúnte aún con respecto a la mujer y los hijos. El campesino, en un porcentaje muy alto y sobre todo cuando está joven, es como un marinero: en cada hacienda una mujer. Y esto ha creado inmensos problemas familiares hacia los cuales no hemos inclinado la atención nacional con la angustiada urgencia que merecen.

Yo creo —aunque lanzo la idea como una suposición— que hay una relación bastante estrecha entre la carencia de Padre en la constitución familiar y la baja del sentimiento patrio o del Patriotismo en un pueblo, con su consiguiente sustitución por instintivos cacicazgos y caudillajes.

LOS “HUERTOS” Y “ENRAMADAS”

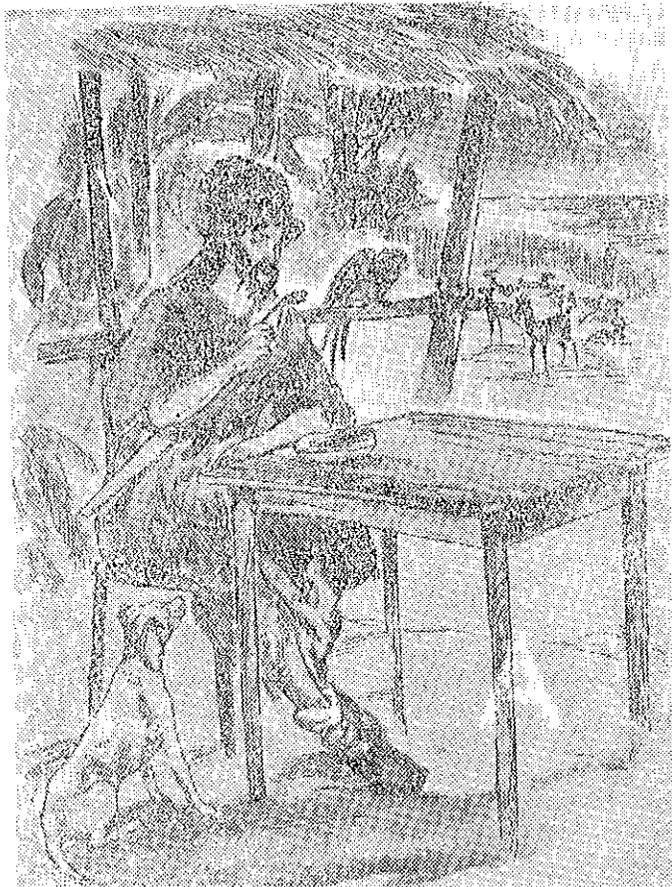
Hay una costumbre, muy probablemente heredada de la época precolombina aunque nunca he podido encontrar ningún dato para comprobarlo, que me parece tentadora para agregarse, como símbolo final, a esta serie de manifestaciones exólicas y en cierto modo nómadas del nicaragüense. Se trata de esa costumbre de nuestro pueblo, en ciertas fechas magnas del calendario religioso, de sacar de las iglesias sus imágenes veneradas —de Cristo, la Virgen o los santos— para que, dejando por unos días el techo estable y la firme edificación pétreo del templo, se hospeden en tiendas vegetales, transitorias y pasajeras, donde se les rinde el culto popular de un pueblo en marcha. Los judíos —pueblo exólico— tenían la famosa fiesta de “Las Enramadas”, recuerdo de dos días nómadas a través del desierto. ¿Qué viejo recuerdo, qué movimiento de misteriosa tradición, ha creado en el nicaragüense esa costumbre de llevar la imagen de la Virgen —durante las fiestas de “La Purísima” en Granada— o la imagen de Cristo y de algunos santos a “Huertos” y “Enramadas” durante la Semana Santa, o a sus Santos patronales en sus fiestas en casi todas las poblaciones de la zona del Pacífico, para venerarlos bajo un techo “no estable”, en casa “no permanente”, bajo el signo nómada? Pareciera esta costumbre el rito de un pueblo de caminantes, la permanencia de una ancestral tradición entre los descendientes de aquellos emigrantes morenos cuyos dioses les ordenaron partir.

“ROBINSON CRUSOE” Y SU FE DE BAUTISMO

No nos extrañe por tanto, que este pueblo, marcado con tales características, tenga uno de los índices más altos de emigración en Hispano América y que Nicaragua sea el país etnográficamente más desangrado por la voluntad viajera y la tentación de lontananza de su pueblo. No nos extrañe, tampoco, que sea hijo de tal pueblo un héroe que ese mismo pueblo no conoce ni celebra pero que, en muchos aspectos lo encarna como tipo o héroe mítico. Hablo de Robinson Crusoe.

Es verdad que hay dos o tres versiones sobre el tipo real e histórico que dio origen al protagonista de la bella y aventurera novela de Daniel de Foe. Pero existen testimonios dignos de todo crédito que nos dan derecho a apropiarnos de ese personaje real y a incorporarlo a nuestra galería de “hombres símbolos” ya que, además de ser un nativo de este país, encarnó en su aventura toda una serie de características típicas del nicaragüense, vagabundo, rodador de fortuna, soñador de islas, hasta obligar a De Foe a construir ese mundo solitario del Robinsonismo, que como adelante diremos, es nuestro tentación y nuestro peligro.

La primera vez que me encontré con la afirmación de que el tipo humano que dio pie a Robinson Crusoe era nicaragüense fue en una enciclopedia “Larousse” en francés. Como ya había observado en mí y en mis compatriotas buena provisión de “robinsonismo” me impresionó el



Robinson Crusoe fue un nicaragüense.

dato y busqué sus fuentes. Años después encontré, en páginas muy nicaragüenses por su sabor de aventura y de labios de un viajero —del famoso Dampier— la confirmación que a mí me bastaba para incorporar a nuestra nativa mitología al simpático aventurero y náufrago que en novela se llama Robinson Crusoe.

En la "Historia de los Grandes Viajes y de los Grandes Viajeros" (Editorial Sopena. Capítulo "Los Filibusteros") leí este párrafo que reproduzco íntegro:

"Dampier se preguntaba si encontraría a un aborigen de Nicaragua que había dejado allí el Capitán Sharp en 1680. Este individuo vivió sólo por espacio de más de tres años en la isla. Se hallaba en los bosques cazando cabras montesas, cuando el capitán inglés mandó reembarcar su gente y se hizo a la vela sin notar su ausencia. El nicaragüense no tenía más que un fusil y su cuchillo, un pequeño cuerno de pólvora y un poco de pólvora. Después de haber gastado las balas y la pólvora encontró el modo de serrar con su cuchillo el cañón de su fusil, haciendo pedacitos pequeños y construyendo con ellos: arpones, lanzas, anzuelos y un largo cuchillo. Con aquellos instrumentos se proporcionó todas las provisiones que produce la isla: cabras y pescados. A una media milla del mar había levantado una pequeña choza cubierta de pieles de cabras. Ya no tenía traje

ninguno y sólo una simple piel le servía para cubrirse los riñones.

"Si nos hemos detenido un tanto hablando de este solitario forzoso, es porque ha servido de tipo a Daniel de Foe para su Robinson Crusoe, esa novela que ha hecho las delicias de todos los niños".

LO "CONSERVADOR" EN SU PARADOJA

Haber producido el Robinson es un hecho halagador. Pero que el Robinson puede ser —si se extreman un poco las cosas— el tipo símbolo de un pueblo es un verdadero peligro.

El "robinsonismo", más que a producir o elaborar un tipo caracterizado, tiende a drear un no-tipo, a descaracterizar y lavar al hombre —como portador de valores culturales— hasta convertirlo en un desarraigado.

Sería, por tanto, interesante descubrir y estudiar cuáles son aquellos valores pivotes del nicaragüense, pero orientándola hacia realizaciones comunales que fortalezcan la vida nacional.

Por ejemplo: en Nicaragua existen simultáneamente, en las mismas regiones agrarias, el "PEON" campesino, que es la cifra extrema del desarraigado, y el "HUERTO", a quien solamente la indefensión de su propia miseria en los momentos de crisis, en que cae en manos del usurero, puede arrancar de su parcela de tierra sobre la cual ha levantado su hogar y su familia con amoroso sentido de estabilidad. La "huerta" —célula mínima de propiedad agraria— y la "comunidad indígena" son islotes que sobresalen en la crecida corriente de desarraigo de nuestros campos como una señal —que yo llamaría acusativa— indicando el descuido y el despojo de su alrededor, tanto como la virtud poderosamente conservadora y humanista de su propiedad.

Uso la palabra "conservadora" en su sentido más auténtico, que es su sentido paradójico.

Generalmente llamamos democrático a un pueblo porque sus formas de gobierno son democráticas. Pero no siempre esta denominación es justa o acertada. Algunos pueblos crean sus instituciones y dictan sus leyes constitutivas como diques o frenos de las malas tendencias, también constitutivas, de sus formas de vida. A este respecto, recuerdo haberle escuchado a Ortega y Gasset —en una conferencia que dió en Madrid— un comentario sobre el tipo "inglés" al desarrollar el tema de las diferencias entre el "individuo" y la "comunidad".

"El inglés —decía el filósofo español— es hosco, insular, poco sociable; sin embargo, para comunicarse con los demás, para relacionarse y poder construir su sociedad ha ido inventando una serie de buenas formas que hacen de Inglaterra ejemplar como comunidad. Es así —agregaba— cómo a veces el defecto individual produce una virtud social, lo que nos llevaría en último término a convencernos de que no hay nada menos parecido a Inglaterra que un inglés".

Por esta razón es posible asegurar que unas formas de organización política "conservadora" no serían las más nicaragüenses, aunque sí seguramente las más saludables. Igualmente, realizar conquistas que llaman "REVOLUCIO-

NARIAS"— como una amplia y profunda reforma agraria que enraice la población campesina y rural, establemente, en la tierra, o cimentar firmemente la sindicalización y un buen grado de socialización de la riqueza —serían para el nicaragüense logros muy poco revolucionarios en el sentido en que serían muy "conservadores" de sus esencias.

ORIENTE Y OCCIDENTE

Pero, dejemos esta digresión y volvamos al tema. Hasta ahora las características que he ido apuntando para un esbozo del tipo nicaragüense las he adjudicado indistintamente al oriental y al occidental de la zona del Pacífico, o, para darles un nombre más concreto: al leonés y al granadino; pero, profundizando más en nuestra psicología social descubrimos que el leonés y el granadino representan como los dos extremos de cada una de esas características. En nuestra condición extravertida, el granadino puede marcar el punto extremo de la extraversión, mientras el leonés su punto inicial, o sea, la medida más conservadora de dicha tendencia. La parte más estable y fincada de nuestra fugitiva población es la leonesa. En la tendencia hacia la simplicidad arquitectónica, es la arquitectura leonesa la que presenta un poco más de aprecio por el ornato. En la riqueza de nuestra cocina —rasgo que contradice un poco la índole transeúnte y simplista del nica— quien aporta mayor y más elaborada cantidad de platos, es León, capital culinaria de Nicaragua. En la movilidad del pueblo, en su nomadismo campesino, León es también la zona más fincada y con campesinado más permanente sobre su tierra. En la tendencia anti-paisana y anti-localista del nicaragüense, León ha sido el único pueblo que se ha vuelto hacia sí mismo, siquiera por el momento de un grito, inventando el único "viva local" de Nicaragua, el "Viva León, jodido!"

EL INQUIETO DESTINO GEOGRAFICO

León, sin embargo, es una ciudad que inició su vida cambiando de sitio. Ese movimiento que pudiéramos llamar de inseguridad o incomodidad geográfica —que inicia la ciudad más conservadora, la cabeza y metrópoli del país— va a seguirse produciendo para agravante de nuestra índole transeúnte. Granada, por ejemplo, quiso también levantar sus tiendas y dismantelarse a los pocos años de fundada. No lo logró, pero fue puerto durante siglos —puerto de ansiedad, tanto porque su conexión con el mar Atlántico nunca estuvo plenamente despejada, como porque los piratas la asaltaron y semidestruyeron numerosas veces. Luego fue incendiada totalmente por Walker y finalmente, al perder su razón de ser comercial y portañía con el crecimiento de UNA NUEVA capital, su población productiva emigró casi en masa. "Ciudad deshabitada", la llamó uno de sus poetas, testigo de este último o penúltimo desangre granadino. Para completar el panorama de nuestra "loca geografía", nuestra "nueva" capital, Managua, fue destruída por un terremoto. Su población huyó hacia las poblaciones vecinas, pero, en su

reflujo trajo consigo una poderosa y creciente inmigración venida de todas las ciudades y campos del país que aún no cesa y cuyo signo es inevitablemente de desarraigo.

LA NATURALEZA Y EL HOMBRE

Somos, pues, los hijos o los frutos de una naturaleza que fusiona ásperamente las contradicciones. Nuestro escenario vital lo forman volcanes y lagos: fuego brutal, agitación plutónica y languidez lacustre de lontananzas soñadoras. No tenemos estaciones medias para animarnos a concebir formas atemperadas, sólo contamos con el ciliicio de un verano amargo y brutal o con los latigazos de un invierno crudo e implacable. O los inmensos lodazales de una naturaleza que parece llorar hasta por los poros. O los polvos avasallantes, espesos y enemigos "del rojo verano".

Dentro de esta naturaleza se ha vertido una historia incómoda con doble herencia hispano-indígena, un mestizaje cultural todavía constituyente, un proceso económico desigual y tortuoso donde conviven el arado primitivo y el tractor, el avión y la carreta de bueyes, el rancho y el edificio de concreto, tipo rascacielo.

NUESTRAS DUALIDADES

Somos el fruto, además, de una extraña dualidad que en un tiempo pudo ser simbolizada y significada por ese fenómeno bastante original en la historia de América que fue la rectoría bicéfala de León y Granada. En la prehistoria, dos corrientes concurren en Nicaragua para hacer surgir nuestras culturas precolombinas: la de los "Chibchas" sureños y la de los Chorotegas y Nahoas norteños. Corrientes que tienen su paralelo en la fauna y en la flora, pues en Nicaragua es donde se traslapan y se juntan la fauna y flora propias del norte de América y la fauna y flora propias del Sur. Ya un autor hacía notar que hasta en los vicios este es el centro umbilical de América, pues hasta aquí bajó el tabaco y hasta aquí subió la costumbre de mascar coca. Para mayor ahondamiento de esta dualidad —típicamente mediterránea— la Conquista también se formó por dos corrientes, una venida del Norte, impulsada por México, y otra venida del Sur, impulsada por Panamá, corrientes que aquí chocan y de cuyo choque precisamente se construyó Nicaragua en sus límites y en su unidad.

En el orden político, la prehistoria nos hereda también otra inquieta dualidad. Los Chorotegas se regían democráticamente por un Consejo de ancianos. Los Nahoas o Nicaraguas eran gobernados monárquica o feudalmente por un Jefe o Cacique. En nuestra historia los partidos han parecido someterse a esta herencia de dualidad —en realidad, nunca hemos tenido más que dos grandes partidos— pero la herencia parece resaltar con más fuerza cuando notamos la tendencia de uno de ellos a establecer la oligarquía y la del otro a establecer la dictadura.

Finalmente, cerremos con este dato: el Atlántico se nos metió por río Desaguadero hasta Granada, el Pacífico se nos metió por el Realejo hasta León. Ambas ciuda-

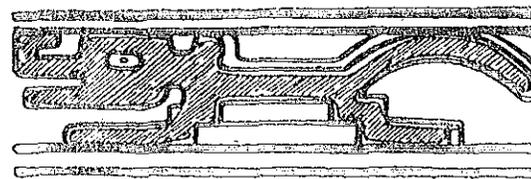
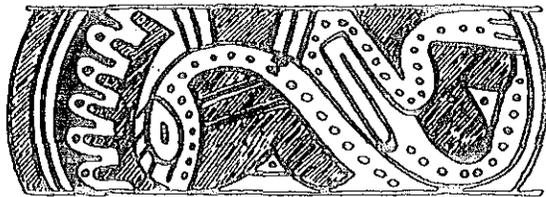
dos representaren en la desconcertante composición bicéfala de nuestra historia la lucha por equilibrar nuestra posición central y umbilical en el Continente. De esa lucha surgió Managua.

Así, moviéndonos entre los antagonismos de esas dualidades, hemos hecho nuestra historia. Pero nuestra historia, desgraciadamente, ha sido "robinsónica". Nuestra historia está llena de comienzos:

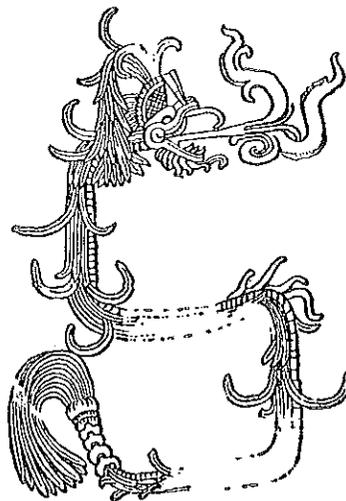
La Conquista es un comienzo. La Independencia es un comienzo. León, la capital colonial, comienza dos veces. Managua, la capital republicana, comienza dos veces. Los 30 años —después de la Guerra Nacional— son un comienzo. Zelaya es un comienzo. La Revolución conservadora es un comienzo. Somoza es un comienzo. Y se espera la caída de los Somoza para comenzar.

Análoga actitud hemos adoptado frente a las fecundas dualidades y retos de nuestra naturaleza y de nuestra geografía. Frente a nuestra naturaleza hemos dejado de ser naturales. Frente a nuestra naturaleza, después de haber ensayado, al comienzo, con sabiduría, una ar-

quitectura que buscaba la ambientación y la aclimatación de sus formas y líneas, dejamos trunco el proceso y nos lanzamos a una imitación ciega y desquiciadora de arquitecturas extranjeras. Frente a nuestra naturaleza nuestros agricultores y ganaderos han hecho todo lo posible por abandonar la agricultura y la ganadería que produce vida por experimentos que prometen producir divisas. Frente a nuestras peculiaridades históricas y geográficas hemos ensayado etiquetas, leyes, sistemas políticos, sistemas de educación y formas de vida imitativas y ajenas. Et sic et coetera. Nos hemos desvivido. Nos hemos desdibujado, descaracterizado. Nos hemos olvidado de nosotros pero el "nosotros" se ha dado, y, por reacciones, ya por revoluciones, ya por inercias, ha seguido marcando su presencia viva, su recia y resistente personalidad, su "tipo" desnudo, brusco, burlesco, simple y generoso, enemigo del adorno y fácil para renegar, extravertido y nómada, soñador y rebelde pasajero "desconocido" de un país en forma de nave, en forma de isla, en forma de puente, entre dos mares y entre dos mundos.



Dos dibujos indígenas nicaragüenses sobre la serpiente emplumada.



La serpiente emplumada en un dibujo Maya, en el cual se nota el recargo de líneas y adornos del barroco tropical.